

Apenas contiene afirmaciones o desarrollos directamente relacionados con cuestiones doctrinales. Cuando aborda temas dogmáticos sigue casi literalmente los pasajes correspondientes del Seráfico. Algunas veces subraya la solución aportada por San Buenaventura, contrastándola con el parecer de Santo Tomás.

Miguel LLUCH-BAIXAULI

SAN FRANCISCO DE SALES, *Meditaciones sobre la Iglesia (Controversias)*, est. introd. y trad. de V. Viguera Franco, prólogo de Mons. A. Montero, La Editorial Católica (BAC, 468), Madrid 1985, XXIII + 357 pp., 12 x 19.

Constituye la edición que comentamos un oportuno servicio al lector castellano y a la divulgación de las obras de este Doctor de la Iglesia. Sus *Controversias* o *Meditaciones sobre la Iglesia*, sin ser una obra menor, han tenido una escasa atención editorial en comparación con la *Introducción a la vida devota* y el *Tratado del amor de Dios*, que han hecho de San Francisco de Sales un clásico de la espiritualidad. Aunque estas *Meditaciones*, compuestas en los primeros años de dedicación pastoral y al compás de la misma, no contengan aún plenamente forjado el espíritu del autor, poseen una viveza extraordinaria y sencilla, y denotan una bien armada estructura teológica. La erudición y solidez de su formación prestan al autor servicios inestimables en la defensa de la doctrina sobre la verdadera Iglesia, propósito de su obra.

En su amplio estudio introductorio (58 págs.) acierta Valentin Viguera a encuadrar estos escritos en los motivos y circunstancias históricas que empujaron al autor a acometer esta tarea. Enviado en 1594 como misionero a la región saboyana del Chablais, los habitantes de la ciudad de Thonon hacen el vacío casi absoluto a su predicación. En toda aquella zona, ya dos generaciones se han formado en el calvinismo, y apenas se puede contar un centenar de católicos. Tras unos meses de inútiles esfuerzos, opta por cambiar de táctica. Reflexiona, consulta y comienza a escribir unas hojas que serán periódicamente fijadas en la puerta del templo o que correrán de mano en mano, de casa en casa. Inútil, por tanto, exigir en estas páginas el orden y el rigor de un tratado eclesiológico, o argumentaciones para especialistas. Al paso de los acontecimientos y pensando en las condiciones y necesidades de su público, San Francisco de Sales, misionero, desea recoger para la Iglesia a los saboyanos, convenciéndoles del error de su postura cismática. Argumenta con las Sagradas Escrituras, analiza las razones del contrario y muestra la incoherencia de sus planteamientos. El tono es controversista, pero nunca amargo ni poco respetuoso, y siempre firme en la defensa y amor a la Verdad, hacia la que procura atraer a sus destinatarios.

No ha podido disponer para su trabajo de una buena biblioteca. Por eso mismo sorprende y se pone en evidencia su buena preparación: un exquisito y oportunísimo empleo de las citas escriturísticas, que se adivinan muy meditadas; un erudito recurso a los Santos Padres, y un conocimiento actualizado del momento teológico. En este punto es ilustrativa y acertada la inclusión del «Apéndice II. Autores de los siglos XIV, XV y XVI citados por San Francisco de Sales en su obra *Controversias*», que comprende un amplio elenco de autores, diferenciados en católicos y protestantes. Esta familiaridad está perfectamente justificada por la formación que se procuró al margen de sus estudios oficiales de Filosofía en París y de Derecho en Padua: frecuentó lecciones de expertos en hebreo, Sagrada Escritura, Patrología y teología especulativa.

Esta ausencia de la deseada documentación viene suplida con el recurso implícito a maestros como San Roberto Belarmino, de quien reconoce su dependencia a la hora de escribir, y San Pedro Canisio, en su *Catecismo*. El primero es frecuentemente recurrido en su obra *Disputationes de controversiis christianae fidei*. Valentín Viguera se detiene un poco más en el estudio introductorio para verificar la correlación entre ambas *controversias*. Muestra cómo en determinados capítulos coinciden en el tipo de argumentación y aun en el recurso a las mismas citas de la Escritura y los Padres. Sin embargo, pese a esta apoyatura, en la adaptación ha introducido tantos cambios que apenas resta originalidad a la obra: sin más, viene a llenar e ilustrar una dificultad objetiva de material y de tiempo. La solución parece más que compatible con el fin apologetico y circunstancias de estos escritos cuasi-homiléticos.

Esta edición, como alguna otra precedente en francés, opta por dar a la obra un título diferente al de *Controversias*, como es más comúnmente conocida. No es un título, se afirma, propio del autor, sino escogido por el primero que lo llevó a la imprenta (P. Harel, en 1672). San Francisco se refiere a esta obra como *Memorial* o *Meditaciones sobre la Iglesia* y el cambio ha parecido más fiel al intento del autor y más coherente con el tono siempre constructivo de sus exposiciones.

El original fue escrito en francés, en contraste con los usos de la teología del momento. De más está razonar que la intención con que fue compuesto lo justifica: se trataba de acceder directamente a los habitantes de Chablais, no sólo a especialistas o clérigos. La edición crítica fue establecida en Annecy, 1892 (la de Harel estaba incompleta y bastante retocada) por el benedictino dom Benedict Mackey, *Oeuvres de Saint François de Sales*, t. 1: *Les controverses*. Esta ha sido la base para la presente traducción al castellano, cuidada y ágil.

Pero más que el idioma, lo que viene condicionado en la obra en razón de sus destinatarios, es el contenido y el modo en que se presenta. Se puede calificar de pionera esta instrucción teológica al

alcance de laicos, aun no católicos. Lo novedoso y audaz de su intento le ha valido a su autor, además de la declaración de Doctor de la Iglesia en 1877 por Pío IX, el ser proclamado Patrono de periodistas y editores católicos en 1932 por Pío XI, y puesto como ejemplo para las tareas ecuménicas (Pablo VI, *Sabaudiae gemma*, 14; 29-I-1967).

San Francisco de Sales divide su obra en tres partes. En la primera, «Defensa de la autoridad de la Iglesia», aborda el tema de la misión, que garantiza la continuidad y autenticidad en la predicación de la Verdad revelada; la naturaleza visible y perenne de la Iglesia y sus cuatro notas. La segunda parte, sobre «Las reglas de la fe», muestra la autoridad que debe ser aceptada en la Sagrada Escritura, las tradiciones apostólicas, la Iglesia, los concilios, los Padres, el Papa, los milagros y, finalmente, la recta razón. La tercera parte es la más breve; está incompleta, pues el plan trazado en su introducción no se lleva a cabo; pero, sobre todo, carece de la fuerza persuasiva de lo precedente. Parece que se va desvaneciendo la necesidad imperiosa de convencer, puesto que ya ha comenzado San Francisco de Sales a recoger los frutos de su tarea: como dirá, al terminar su misión, ya sólo será un centenar de calvinistas lo que queda por convertir. El sistema ha dado resultado.

El estudio introductorio del salesiano Valentín Viguera resulta notablemente práctico en varios aspectos. Ya nos hemos referido a la ambientación histórica; sirve además los datos biográficos del autor estrictamente necesarios para la mejor comprensión del contenido: su formación teológica, los avatares de su misión en el Chablais. Tras mostrar los resultados de su estudio sobre las influencias de San Roberto Belarmino, intenta un desarrollo y exposición de las nociones vertidas por el autor en su obra. Afirma que San Francisco de Sales, «arrancando de una teología segura y sin pretensiones de elaborar él mismo una teología avanzada, nos abre unas pistas poco sistemáticas y apenas elaboradas que permiten profundizar en la maduración del concepto de Iglesia hecho por el autor» (p. 37). Partiendo de nociones básicas repetidas en la obra, las pone en continuidad con afirmaciones de la eclesiología actual.

Pero en este ensayo introductorio, V. Viguera obtiene un resultado variopinto. Si bien es sugerente por momentos, el juicio desde el presente aparece desenfocado, a causa del anacronismo de método. Se echa en falta, en cambio, en este trabajo introductorio, una descripción del entorno teológico en la centroeuropa postridentina, desde el que sería más ajustada la valoración del aporte de esta obra de San Francisco de Sales. Se limarian entonces algunas apreciaciones. No se vería, en el modo de reafirmar la visibilidad de la Iglesia, «una postura llena de ingenuidad» (p. 38); y, al calificar su aproximación al misterio de la Iglesia, diría algo más que «alcanza un nivel aceptable teológicamente» (p. 42).

Al prólogo de Mons. Antonio Montero sigue una bibliografía sobre el autor, en su mayor parte francesa. Además del apéndice ya mencio-

nado, hay otro sobre los «Testimonios de autenticidad que se conservan junto al texto autógrafo del Fondo Chigi, e la Biblioteca Vaticana».

José Manuel ORDOVÁS

Georges BAUDOT, *Utopía e Historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*, Ed. Espasa-Calpe («Espasa Universitaria» 12), Madrid 1983, 543 pp., 14 x 21.

Aparece en castellano esta monografía de Georges Baudot, profesor ordinario de Estudios hispano-americanos y lenguas precolombinas de la Universidad de Toulouse II-Le Mirail, publicada por primera vez en 1977 y ahora traducida con ligeras correcciones. Se trata de la obra más conocida de este hispanista francés, nacido en España en 1935, y director de la revista «Caravelle», especializada en investigaciones históricas y literarias sobre América Latina. Consta de nueve densos y largos capítulos, precedidos por dos prefacios y una introducción, y cerrados por unas conclusiones, una bibliografía muy amplia, unas tablas cronológicas y unos índices alfabéticos y de ilustraciones. Los capítulos son: «El descubrimiento de México por los laicos y por la Corona después de la Conquista»; «El descubrimiento espiritual de México por los frailes Menores»; «Fray Andrés de Olmos, el iniciador»; «La obra de fray Andrés de Olmos»; «Fray Toribio de Benavente Motolinía»; «La obra de fray Toribio de Motolinía»; «La Relación de Michoacán»; «Fray Francisco de Las Navas»; «La confiscación de las crónicas mexicanas y la prohibición de los trabajos etnográficos».

La tesis central de esta obra —que tan grande influencia ha tenido en los ambientes americanistas dedicados a historiar el siglo XVI— es la siguiente: los misioneros franciscanos, en quienes recayó la reponsabilidad, casi exclusiva, de evangelizar Mesoamérica, especialmente en los primeros cincuenta años, habrían intentado plasmar en Nueva España sus ideas utópicas, de carácter político-religioso. Tales ideales, de inspiración joaquinista, se habrían incubado previamente en la Provincia de San Gabriel (en la Extremadura española), entre 1505 y 1519, y habrían sido también la razón de la partida de tales franciscanos hacia las nuevas tierras recién descubiertas. Una vez allí, particularmente desde 1524, cuando arribaron a Tenochtitlán los «Doce apóstoles», y a la vista del buen natural de los indígenas y de su extraordinaria receptibilidad a la fe católica, los franciscanos habrían procurado, por todos los medios a su alcance, constituir como una especie de república con sólo los naturales, manteniéndolos convenientemente separados de los españoles, a fin de evitar contaminaciones... Uno de los medios que habrían empleado esos misioneros para mantener la separación entre los nativos y los conquistadores, habría sido el fomento de las lenguas amerindias de Mesoamérica, muy especialmente la lengua náhuatl o azteca, que ya era en alguna medida,